

# Gerardo Valencia



Claro que no se trata, con estas líneas fugaces, de hacer una *presentación* de Gerardo Valencia, de poner tras su nombre las luces aclamantes de rigor en tales casos. Gerardo Valencia, con un esbelto apellido de Popayán—hoja última y con cielo en la cima de un ilustre árbol genealógico—ha realizado ya—lejos de los sitios vocingleros en los que se distribuyen aureolas y patentes—una intensa y extensa obra poética. Teatro poético; novela poética; poesía poética: poesía, poesía: todo poético, como quería Cocteau. Todo trabajado en soledad, en silencio, en pureza, atmósfera esencial de la bella creación.

Ahora queremos subrayar solamente el sentido augural que tiene para las nuevas letras, esta elegía suya que hoy publicamos. Ella significa—en su honda calidad—la restauración de la égloga, un género poético de altísima alcurria en castellano y ahora casi to-

talmente olvidado. Ella significa en su fina y exacta arquitectura exterior una ardiente clarinada que invita a la restauración del orden, del número y la norma clásica en la región de la poesía. Si, señores poetas: debemos declarar definitivamente clausurado el carnaval literario de la post-guerra: todo ese desfile de escuelas libertarias que vinieron a significar solamente una especie de «declaración de los derechos del hombre y del ciudadano», en lo que atañe a la poesía. Y todo eso en beneficio de la plebe intelectual que asaltó por esa puerta falsa el palacio del canto. No más calambur, no más los huecos equilibrios, no más la payasada lírica, no más la epilepsia negroide, no más la greguería ni el salto mortal sobre la pista de lírico aserrín: poesía, sola, pura y sencillamente poesía señores poetas. No más la palabra «revolución», en rojo y clamando, al final de los «poemas», revolucionarios. Siete llaves a todo eso. Y encima, otra vez fulgiendo, la estrella de cristal, cristalina, cristalada, de Garcilaso de la Vega: el lucero azul y romántico de Bécquer, la luna perfecta de Don Luis de Góngora, la claridad sobrenatural de San Juan de la Cruz.

Gerardo Valencia nos trae la égloga de ritmo vegetal, la égloga de clara frente y labios como miel y clima delicadamente apasionado. Pero una égloga bajo palmeras entre el aire frutal y cálido de América.

EDUARDO CARRANZA

Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico